

nazaban, estando pendientes y casi desprendidos, esperando solo el momento destinado para caer sobre ellas. Sin embargo, aunque unas veces parecía que las ondas retrocedían cobardes, otras veces se veía que atrevidas é insolentes los embestían de nuevo, haciendo burla orgullosa de su inmóvil paciencia. Á larga distancia se divisaban varios navíos, grandes y pequeños, siguiendo todos sus rumbos, ya con aire favorable, ó ya con contrario viento. Sobre grandes peñascos estaban varios hombres con posturas muy diversas, y los mas de ellos haciendo cuanta fuerza podían para gobernar desde tierra los navíos que se iban alejando. Era ridículo el empeño, y la pintura lo expresaba con tal propiedad, que parecía que se estaban viendo sus inútiles esfuerzos. Uno refirmando los piés contra un peñón, y echándose hácia atrás, quería detener un poderoso navío, que con todas las velas tendidas seguía su rumbo: heríase el pobre con la cuerda que se le escapaba por entre las manos, y quedaba castigado y afligido. Á su lado se veía otro, que por haber sido mas tenaz en la empresa, se precipitaba por las rocas, siendo despedazado en las peñas, antes de perecer en las aguas: mas á lo léjos estaba otro, saltando ligero de peña en peña y de roca en roca, hasta que al fin alargaba por fuerza la cuerda, lamentándose de su inútil fatiga.

27 Solamente uno se veía sosegado y tranquilo, el cual sentado en un peñón que le servía de trono, dejaba que las naos cada cual siguiese su rumbo, y hacia mofa de los vanos y ridículos esfuerzos de sus compañeros. Apenas Miseno hizo relacion de la pintura del cuadro, todos conocieron que era alegórica; pero ignoraban lo que en ella quería significar el artista: prosiguió Miseno entonces y dijo, que aquella pintura era un vivo retrato de la locura de los hombres, cuando desean con empeño lo que de otros depende; y esto es, añadia, como querer en el mar de este mundo traer hácia sí, y gobernar desde la tierra á los demás hombres, cuando ellos con todas las velas sueltas siguen el norte de sus intentos ó de su amor propio, y trabajan á fuerza de remo por conseguirlo con diligencia obstinada. Si nosotros tiramos hácia un lado, y el navío hácia otro, ¿qué ha de resultar sino fatiga, afliccion ó ruina? ¿En qué peligro no estuvieron por esto el Conde y Neucasis? Pero yo me rio y burlo de esta locura; y contento con lo que Dios me quiere dar y con lo que me promete, solo consiento que mis deseos se dirijan á lo que no depende sino de Dios y de mí. Me acomodo enteramente á los decretos del cielo, y únicamente me fio de la divina palabra. Deseo con esperanza, y espero con certeza, dejando que mi corazón vuele con

libertad á las moradas eternas, y que allí se recree y deleite con esta confianza dulce; no temo que me engañe la Verdad infinita, ni que me falte la palabra de un Dios que es sumamente fiel; y así vivo sosegado.

28 Ya no me admiro, dijo el Emperador, de vuestra constancia é igualdad de ánimo, que tanto me arrebatava cuando estábais en el punto de perder inocentemente la vida. La *Religion* y la *razon* con ambas manos sostenian vuestro ánimo inmóvil, y toda esa fortaleza era precisa para no ceder á los impulsos furiosos con que la malicia y la desgracia os combatian. Ahora siento mas que nunca que vuestro sistema no pueda sufrir que vivais en mi corte. Estimo infinito conoceros, mas siento esto mismo que estimo, porque si no os conociese, tal vez pudiera disfrutaros; mas ya que sois superior á todo lo que en vuestro obsequio puede hacer el Emperador de Oriente, no seais insensible al amor de un verdadero amigo. En esto le abrazó tiernamente, y se retiró con lágrimas en los ojos.

29 La Emperatriz no acertando á separarse de Miseno, le pidió que le diese alguna particular instruccion para poder aprender aquella admirable filosofía, que abria de par en par la puerta á la felicidad verdadera. Entonces Miseno gustoso de poderle hacer un obsequio tan importante, le dice: Dejaos gobernar, señora, en todo por la voz divina que se os manifiesta por la luz de la *razon* y de la *Religion*: no sigais los impulsos fogosos de la pasion cuando ella se adelanta, y de este modo seréis verdaderamente dichosa. Aquí tenéis una regla bien fácil de retener en la memoria, que contiene mucha doctrina. Atended cómo la pruebo y explico.

30 Dios no puede por su eleccion propia conducirnos al mal: este es un principio evidentísimo. Ahora la voz de la *razon* es la voz divina con que el Señor nos habla; y para explicarnos mas esta voz celestial, nos añadió la voz de la *Religion* revelada, y con esta especialísima luz conocemos mejor el camino de nuestra felicidad: consultad, pues, las luces divinas que á ello os encaminan, no os dejéis arrastrar de las pasiones, y conseguiréis el ser feliz ciertamente. Confieso que para esto no basta la fuerza de la naturaleza: el brazo humano, herido por el general contagio del pecado original, quedó flojo é inerte: el hombre solo no puede vencer todas las pasiones rebeldes; pero Dios que os habla, no os deja, y quien os guia en las tinieblas, no os desampara en ellas: sabed que el resplandor de la naturaleza perdida nos asiste. Conviene, pues, esforzaros, y antes que obreis, domad vuestro corazón, detestad toda precipitacion, y la pri-



sa importuna que él os da para que obreis: cuando experimentaréis esto, desconfiad mucho de vos misma, porque el corazon inquieto cuando se quiere salir del seno, para obrar con anhelo y con ardor, da señal de que quiere apartarse de la luz de la *razon*, la cual, si apareciere, haria conocer al alma que no obraba bien, al modo que el mercader truhan, que dobla ligero la pieza defectuosa, antes que se vean las manchas. Todo fuego, señora, trae humo, y el humo necesariamente nos ciega: no os guieis por lo que hacen los otros, guiaos por lo que deben hacer: quien sigue á muchos, no puede ser feliz, porque los felices son pocos.

31 Estas y otras máximas daba Miseno á la Emperatriz; y queriéndose despedir para proseguir su destino á la Tierra Santa, ella se lo impidió hasta el día siguiente, para que pudiese caminar con la decencia que correspondia á su persona. Entre tanto no cesaba el Emperador de hablar á su esposa en particular de las admirables virtudes de Miseno. Su noble empresa le parecia de mayor gloria que las de todos los héroes que mas celebran la fama. Si se consideran bien las cosas como ellas son en sí, decia, ¿qué tiene que ver un héroe aunque despedace monstruos, conquiste imperios, venza monarcas, derribe gigantes? ¿Qué tiene que ver con el que llega á triunfar de sus pasiones? El que esforzado por la gracia celeste llega á conseguirlo, se hace superior á la *fortuna* y á la *desgracia*, se burla de la muerte y de las injurias, y es soberano absoluto é independiente de todo lo que la suerte y el mundo pueden hacerle. Entonces sin conocer la pena ni la tristeza, la soberbia ni la vanidad, el susto ni el temor, sin verse arrastrado por pasion alguna, todo lo que no es virtud lo mira como si fuera una paja; y sereno en el trono de su equidad, con los ojos en el cielo, como otro Job, no se rinde ni á la tribulacion, ni al vicio. Yo hallo que solo este héroe es el que merece tan honroso nombre.

32 Mucho tiempo há, le dice la Emperatriz, que yo á escondidas del mundo, dentro de mí misma, despreciaba ya esos famosos hombres que ocupan todos los clarines de la fama; pero no me atrevia á declarar mi pensamiento, porque un discurso mujeril no merece crédito en materias de valor y de proezas; pero ya que os hallo de acuerdo, os diré naturalmente lo que juzgo, pidiéndoos que me corrijaís el exceso.

33 ¿Á qué se reduce todo lo que celebran los poetas é historiadores de sus famosos héroes? Decidme, ¿no es á tener fuerza para despedazar los enemigos, manejar mazas enormes, y derribar de un

solo golpe los gigantes? Mas un leon, un vil oso, el toro mas comun haria otro tanto. *Cual tigre desesperado*, nos dicen los poetas en el mayor calor de sus hipérboles, *cual tigre desesperado y leon enfurecido por donde quiera que iba, llevaba el estrago y la muerte*, etc. ¿Qué locura querer exaltar á un gran hombre, y compararlo á los brutos!

34 ¿Qué mas alaban en esos héroes? ¿Es la prontitud y gallardía de espíritu con que buscan al enemigo? Pues qué, ¿no hará lo mismo un caballo? *Al eco del clarin va para el enemigo y acomete con audacia, sin que espadas ni balas le metan temor ni espanto*<sup>1</sup>. ¿Se aplaude otra cosa en esos gigantes de valor? ¿Acaso el ánimo y furor con que se entregan á los peligros? Pues tambien los grandes ladrones, los de la plebe mas vil, cuando están ciegos de cólera, hacen semejantes proezas. Las heridas de un general son objetos de grandes recompensas, elogios y promesas; cuando por cortísimo sueldo un soldado raso corre, se afana, y se expone á mayores peligros que un general famoso; porque á este mil brazos le defienden, y del mero soldado ningun caso se hace, ninguna memoria; con su cadáver despedazado queda enterrado su nombre. Vamos á los combates singulares que tanto se celebran. Si la cota de malla fue penetrable al hierro, si el caballo menos ligero tardó en obedecer al freno, si una saeta perdida acertó á entrarle por los ojos, desapareció como sueño todo el heroismo del combatiente: vencido, preso, despreciado le atan á las ruedas del carro triunfal de su enemigo, ó tal vez le obligan á tirar como bruto de la carroza del famoso *Sesostris*<sup>2</sup>. Mas si en la pelea no hubo estos acasos, fue el héroe celebrado por todo el mundo como un semidios acá en la tierra. Ahora ¿no es puerilidad y locura poner el heroismo en casualidades, ó en lo que solo depende de un bruto? ¿y que dependa de un caballo toda la grandeza ó vileza de un hombre?

35 Dadme acá esos héroes famosos: quitadles la fuerza extraordinaria, prenda que hallais en los de la ínfima plebe: quitadles el furor, la desesperacion y la rabia en medio de los combates, cosa comun y vilísima: quitadles la temeridad y la fortuna, quiero decir, una cosa que es defecto, y otra que no es merecimiento; ¿y qué me dejais en los héroes para que puedan hacer figura en el mundo?

36 Quédales, dijo el Emperador, el ánimo inalterable con que

<sup>1</sup> *Ubi audierit buccinam: exultat audacter: contemnit pavorem, nec cedit gladio.* (Job, xxxix, 21, 22, 23).

<sup>2</sup> *Sesostris*, rey magnífico de Egipto, que se empeñó en hacer navegable el Nilo hasta el mar Rojo. (Herod. lib. 2).



se presentan á los peligros, como si no lo fuesen: quédales la prudencia con que disponen y acuden á todo, como si estuviesen en el sosiego de la paz: quédales el juicio con que preven los sucesos futuros, como si fuesen presentes: quédales la grandeza de corazón con que desprecian la muerte, triunfando del horror que nos inspira la naturaleza.

37 ¡Ah! pintadme de ese modo los héroes, le dice la Emperatriz, y entonces convendrémos en que *solo está el heroísmo en domar las pasiones y en perfeccionar el discurso*: que estas solo son propiedades de hombres, y de hombres muy raros. En eso sí, en eso sí que veré yo un verdadero héroe; mas si domar el susto es prueba de heroísmo, domar, como decia Uladislao, la *ambicion* de gloria y de oro, domar el *amor* y el *odio*, domar todo lo que la suma *razon* condena, este triunfo será mucho mayor; pero esto raras veces lo hallaréis en esos llamados héroes que los poetas nos cantan: y así juzgo que este Príncipe tomó á su cuidado la única y verdadera empresa para llegar al templo del heroísmo: este Príncipe es á quien debian seguir todos los que desean llegar á la verdadera grandeza. Pero ¡crítica de mujeres que poco caso merece! Quede aquí entre estas paredes sepultado este discurso, y pensemos ahora en dar alguna recompensa á este Príncipe, por los beneficios que mi padre y abuelo recibieron de él. Si hasta ahora lo estimábamos como bienhechor y amigo, desde ahora se duplica nuestra obligacion, y se realza con la cualidad de su persona.

38 ¿Qué habemos de hacer, le dice el Emperador afligido, si por sus sistemas se hizo superior á todo cuanto nosotros podemos obrar? Ved aquí un soberano que deja pobres á los mas opulentos monarcas del universo: que los deja pequeños y flacos, y en cierto modo los hace viles, obligándoles á ser ingratos, á pesar de los mayores esfuerzos de su reconocimiento. Cuando nos quisiésemos quitar la corona de la cabeza para ofrecérsela y ponerla á sus piés, no haria caso alguno de las ajenas, habiendo despreciado la propia. Cuando le pusiésemos en las manos todas las riquezas de Creso, todos los deleites del mundo, todas las honras posibles, todo delante de él es nada; pues ¿qué podemos hacer para darle testimonio de nuestro reconocimiento? ¿Qué nuevo y singular arbitrio es este para triunfar de los soberanos? Ahí se ve, replica la Emperatriz, que jamás héroe alguno se elevó á tan superior grado en la carrera de sus proezas. ¿Cuándo se leyó en las historias que ni los cetros y coronas, ni las joyas y riquezas, ni la hermosura y amor, ni la vanidad y glo-

ria pudiesen llenar el corazón del héroe? Y nosotros lo vemos ahora en Uladislao; pero tenemos una joya que él ha de estimar mucho, y os aseguro que la acepte, que la guarde, y que haga de ella el mayor caso posible; joya que podemos ofrecérsela con honor, y dársela con infinito interés. Aquí el Emperador quedó absorto, y le prometió que no se resistiria á cosa alguna que ella le apuntase. Démosle, prosiguió la Emperatriz, démosle palabra deseguir, en cuanto estuviere de nuestra parte, su doctrina, de abrazar sus máximas, é imitarle en su heroica virtud.

39 Ven, pues, conmigo, le responde el Emperador. Buscan ambos juntos á Miseno en su vivienda, y en presencia del Conde y de Neucasis le refieren la dificultad en que estaban, y la resolucion de la Emperatriz, y ambos le prometen con la palabra mas sólida y la resolucion mas sincera, que en cuanto les fuese posible tomarán su ejemplo, *para dominar sus pasiones, y seguir en todo la razon*. Admitió, aplaudió, y agradeció Miseno la oferta; y profetizándoles las mayores felicidades si así lo cumpliesen, se despidió de los Príncipes, partiendo para Icono acompañado del Conde.

40 Entonces Neucasis, que se veia sin arrimo ni fortuna, seguia el astro que mas brillaba, y como al principio se acogió al Conde, ahora dirige todos sus obsequios humildes á Miseno, semejante á la serpiente maliciosa, que se vuelve y revuelve entre los piés, como si quisiese besarlos, siendo tanto mas peligrosa, cuando mas lisonjera. Bien conocia Miseno su carácter falso, caviloso y astuto; pero previendo le daria ocasion para reiterar continuamente la victoria de sus pasiones, que era lo que deseaba, quiso sufrirlo en su compañía, recibiendo con urbanidad todos sus falsos obsequios.

41 Bien como el famoso guerrero, que para ejercitar sus tropas con los continuos acontecimientos de los vecinos rebeldes, los tolera, esperando sacar mayor utilidad de las repetidas victorias, que de la tranquila ociosidad, si los venciese del todo; así Miseno, pudiendo eximirse de la peligrosa compañía de Neucasis, instrumento de mil disgustos, le toleraba en su seguimiento, y procuraba prevenir al Conde con prudentes consejos contra sus insultos maliciosos, haciéndole ver por la experiencia cuán perjudicial le era su compañía.

42 El Conde se deshacia en afectuosas promesas á Miseno; mas su alma perpleja no hallaba términos para explicarse como queria. Blando en el carácter, político en la educacion, rendido en los cortejos, agradecido por los beneficios, dependiente por lo futuro; se veia obligado á contemplar por todos medios á Miseno como á su



único bien. Entonces las pasiones naturales desenvolviéndose todas á su favor, cási llegaban hasta el exceso opuesto, y queria con un defecto remediar el contrario. Como la balanza que tiene el fiel muy pesado, que ya cae toda hácia un lado, ya toda se va hácia el otro, sin hallar jamás el punto de su justo equilibrio<sup>1</sup>; así era el Conde en todos sus movimientos. Mas Miseno con circunspeccion y prudencia, ya le aceptaba, ya le reprimia los obsequios, manifestándole como todo lo que era exceso venia á ser defecto, porque no hay virtud donde falta la moderacion. En estas conversaciones iban llegando á Iconio, cuando un inopinado acontecimiento les hizo parar en el camino.

## LIBRO XXI.

Ejercitanse los soldados del Sultan de Iconio en escaramuzas, y una saeta perdida hiere al Conde, núm. 1.— Descúbrese Efigenia, que era el soldado disfrazado que le hirió.— Motivos que tuvo Efigenia para esta accion, núm. 3.— El Conde asienta plaza para acompañar á Efigenia.— Le sigue Neucasis.— Júntanse las furias, y la tristeza acomete á Miseno.— Da el Conde cuenta á Miseno de haberse alistado en los ejércitos del Sultan.— Repruébalo Miseno.— Llega Efigenia disfrazada.— El Conde se perturba, y Miseno lo nota.— Mustafá declara á Miseno las causas de aquella guerra.— Discurso sobre la ceguedad que causan las pasiones.— Efigenia y Neucasis convienen en que el Conde se rebelde á Miseno.— Se despide el Conde insolentemente.— Miseno disimula.— Vanse el Conde, Efigenia y Neucasis.— Quédase solo Miseno.

1 Ya las tropas del Sultan tenian aviso de partir á la Armenia Menor, y se veian los campos cubiertos de hermosas barracas. Ya por uno y otro lado del camino que Miseno seguia se ejercitaban en justas y torneos los soldados de á caballo, y los honderos y flecheros que competian entre sí, se proponian premios para el que sobresaliese en los ensayos, y diese á conocer ser distinguido su mérito. Hé aquí que entre estas escaramuzas vino á herir al Conde una saeta perdida: parte luego como un rayo, y corre á vengarse del atrevido que de léjos le ultrajaba. Huyó el malhechor aparente simulando el crimen

<sup>1</sup> Balanzas hay que tienen este defecto, que sus pesas ni gobiernan ni cogen equilibrio, antes bien se precipitan ahora hácia un lado, ahora hácia el otro. Esto les viene de tener el fiel muy pesado, sin tener en la parte inferior contrapeso que haga caer el centro de gravedad debajo del centro del movimiento.

y el miedo, y cuanto mas se retiraba, tanto mas furioso le perseguia el Conde con la espada desnuda, ardiendo en cólera, y arrojando espuma de rabia. Síguele, corre, vuela, hasta que al fin alcanza al enemigo en la carrera; y cuando iba á derribarle, estando ya en la espésura de un bosque, se vuelve al Conde, quítase la visera, y sonriéndose le dice con desembarazo: Bien podeis herirme y matarme á vuestro gusto, porque la muerte me será preciosa, y suaves las heridas. Párase el Conde admirado, y como cuando se rasga una nube espesa y aparece una luz repentina que nos aturde y nos deja inmóviles; así se vió el Conde con la no esperada belleza de su imaginado enemigo. No sabia dónde estaba, ni lo que veia, ni con quién hablaba.

2 Era Efigenia hija de uno de los príncipes latinos de Palestina, que por infelicidades sucesivas habia sido cautiva de Soliman, y despues con esclavitud nueva se hallaba prisionera de los ojos del Conde, á quien amaba desde el punto que le vió en Iconio. Esta señora, cuyo nacimiento le habia dado una alma fogosa y atrevida, viendo al Conde, le quedó inclinada. Sabe que disponia su viaje para *Palestina*, é inmediatamente se le enciende el amor á la patria y el deseo de su libertad nativa; de modo que tres pasiones á un tiempo agitaban aquel corazon turbado: el amor al Conde, el deseo de la patria, y el ansia por la libertad natural. Otro incidente habia aumentado de nuevo sus esperanzas, é inflamado mas sus deseos; porque Elena sabiendo de su suerte, le habia prometido libertarla de la esclavitud y del destierro.

3 Todas estas ideas habian quedado frustradas con la ausencia intempestiva del Conde y Elena; mas no pudo este suceso sufocar las pasiones, ni extinguir las ansias en que aquel corazon ardia. Como embarcacion pesada y voluminosa, que antes de tomar movimiento fácilmente es detenida con cualquier amarra, mas si una vez se abandona á la corriente por largo espacio, sigue veloz su ímpetu, y ninguna fuerza es bastante para pararla; de forma que todo lo arrastra tras sí, todo lo rompe, todo lo vence, y de todo triunfa; así era Efigenia. Habia sufrido tranquila prisiones, hierros, y el destierro de su patria; mas una vez puesta en movimiento para volver á ella, nada podia sosegar su corazon inquieto, nada podia detener sus ímpetus. Disfrázase de hombre, se acostumbra á la saeta y á la honda. Y en la confusion que la ofrecia la guerra, intenta restituirse á su patria en traje de soldado. Este dia fue cuando vió al Conde impensadamente. Entonces astuta al mismo tiempo que amante, que-